
A la Sombra de un Chaparro

Arturo Reyes

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7288

Título: A la Sombra de un Chaparro

Autor: Arturo Reyes

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 24 de diciembre de 2021

Fecha de modificación: 24 de diciembre de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

A la Sombra de un Chaparro

El sol caía á plomo sobre la desierta carretera; lucía el cielo su más deslumbrante azul; la montaña, los tonos más brillantes y más rojizos de sus laderas, el verde más lozano de sus viñedos y el oscuro más intenso de sus retorcidos olivares; ora medío escondidos entre los repliegues del monte, ora sobre sus bien soleadas cumbres, destacábanse acá y acullá, los blancos caseríos sombreados por copudos algarrobos...

El pobre jamelgo enganchado á la polvorienta diabla manotea con todos los musculos en desesperada tensión y el pescuezo estirado, por dominar uno de los repechos, mientras que con el látigo en una mano y con la otra aferrada á uno de los rayos de las ruedas pugna el Bellotero por ayudar al pobre animal en su desesperado esfuerzo.

—Riá, riaaá, Poderosa, riaá, riaá, niña de mis ojos, riaá, riaaá, prenda mía!—grita el Bellotero, sin que su voz logre prestar al pobre penco los vigores que necesita.

—Esto no puée ser, hombre exclama saltando del vehículo un mozo bien plantado, de rostro curtido, ojos relampagueantes y luciendo rico traje de los más típicos de Andalucía.

—Y qué le jago yo! riaá, riaaá, Poderosa

—Deja á la Poderosa que tome resuello ú dale una miajita de somatose, camará que es lo que le está jaciendo muchísima falta; no ves que la pobre, si la sigues achuchando, va á morir sin testar, entre tus brazos.

—Pero si es que yo no sé lo que hoy le pasa á este bicho; si

este animal tira más que la «yunta de las ánimas»l

—Pos déjala que escanse una miaja y tan y mientras jecharemos un cigarro!

—Pos lo jecharemos.

Y mientras el *Bellotero* colocaba á la sombra que proyectaba sobre el camino una cortadura del monte, al animal, el desconocido sentábase al pie de uno de los árboles que brindan, acá y acullá, en el empinado camino, un sombrero refugio al caminante.

Y sentado, momentos después, á su lado, el *Bellotero*, preguntábale mientras vaciábase en la palma de la mano tabaco en cantidad suficiente, no ya para hacer un cigarro de grueso calibre, sino para rendir al fumador más empedernido:

—Y se puée saber, amigo, y usté isimule la curiosiá, á qué va su mercé á jacer en *Triquitraque*?

—Pos en busca de corcho que voy—repúsole en tono de zumba el desconocido.

—Ah, entonces es que su mercé trafica en corcho?

—Sí, señó, que aquí aonde usté me vé, tengo en Sivilla una fábrica de tapones.

El *Bellotero* miró al desconocido con expresión incrédula; aquello de la fábrica de tapones habíale sonado á quéa, y rascándose sin necesidad la cabeza, exclamó con acento lleno de ironía:

—Pos mié usté, pa mi que ló que es corcho no farta en estos manchones y menos en *Ttiquilraque*.

—Y apropósito de *Triquitraque*; cómo andan los *Ventolinas*?

—Er señó Paco superior... como que jace ya la mar de tiempo que no dice esta boca es mía.

—Pero qué, murió el pobre señor Paco?

—Pos sa menester venir de la luna pa preguntarlo! iPos no jace ya fecha que agüecó el ala y se fué á la otra vera der rio!

—Y la señá Frasquita?

—Esa entoavía parpaguea, pero jechita la mar de dobleces; como que está que cabe en un canutero!

—Y Rosario, qué ha sio de ella?

—¿De quién? de Rosario? Esa si que está que jierve de guena moza icamará! como que no se le puée mirar un rato seguío porque se le jace á uno la lengua estopa y la saliva goma laca: ies mucha jembra la Rosario!

—Y se mantiene sortera?

Y esto lo preguntó el forastero como se pregunta algo que se teme saber.

—No, señó, que está casá desde jace mu poquito: tres ú cuatro meses hará que se subió á la bolina. Como que ya tenían brotes las cepas!

—iAh, conque se ha casao!—exclamó el desconocido con voz sorda, arrugando entre sus dedos el *cordobés* que mantenía sobre sus rodillas mientras una ráfaga tempestuosa resbalaba por sus negrísimos ojos.

—Vaya!—continuó el *Bellotero* sin parar mientes en lo que á su compañero le ocurría—y con un mozo que, mejorando lo presente, nunca le podrá pagar á Dios lo que Dios le dió á manos llenas; güeñas rentas, güen corazón, güen tronco, y mejores ramas; pero si usté lo conocerá; si con quien se ha casao ha sío con Currito, el hijo de los *Tramoyas*, los de *Echevarria*.

—No, no lo conozco; pero la Rosarito, no tenía un novio?

—Sí que lo tenía, y por mó de ese novio ha pasao la probe más fatigas que un asmático; porque como cuando su novio, un zagaleta más vivo que un rayo, según dicen, tomó el portante y se largó en busca de fortuna á Chile ú al Perú, ella le prometió esperarlo diez años largos é talle... pos velay usté... cuando se le arrimó Currito, pos le dijo á Currito que perdonara por Dios; pero como Currito tiée para comer y pa que le cante un ciego y del novio que se le había díó no tenían noticias ningunas, y ya se les había muerto el señor Paco, y se habían quedao diciendo aquello de «hoy ayuno y mañana no me esayuno»... pos velay usté; la seña Frasquita empezó á apretar más que un tornillo pa que la Rosario apechugara con Currito, y Rosarillo le contestó que de casarse con arguien se casaría con él, pero que no lo jacía hasta que pasasen los diez años que había prometió esperar al otro; y Curro se conformó, y ná, que pasaron los diez años, y como el que se había díó ar Perú no ha dicho pío tan siquiera... pos velay usté... la Rosario ya hoy es toica entera del hijo de los Tramoyas, Currito el Abulaguero.

Al desconocido, á medida que el Bellotero hablaba, habíasele ido poniendo lívido e semblante, y cuando aquel hubo dado fin á su pintoresca plática, exclamó con acento en que había puesto sus más roncadas inflexiones la pena:

—Jízo bien! pero y si el zagaleta, su novio primero, no la hubiera olvidao y hubiera agenciao pa compartirlos con ella cuatro maraveíses y ahora vorviera del Perú;¿qué es lo que harías tú en lugar del zagaleta?

—Pos míe usté; si á mi me pasara eso, pos agüecaría el ala y me iría en busca de otra paloma, porque Rosario ha cumpliío como guena aguantando diez años de carencias y pesaumbres, y si ahora la probe está tranquila, no sería yo, en el pellejo del zagal, el que le quitara el vivir á gusto con su marío entre sus cuatro paeres!

—Y eso, eso mismo haría fijamente el zagal si volviera alguna vez de las Indias... Pero mira tú, sabes que ya no tengo más ganas de seguir pechos arriba?; conque vámonos pa abajo, que ya vorveré otro día.

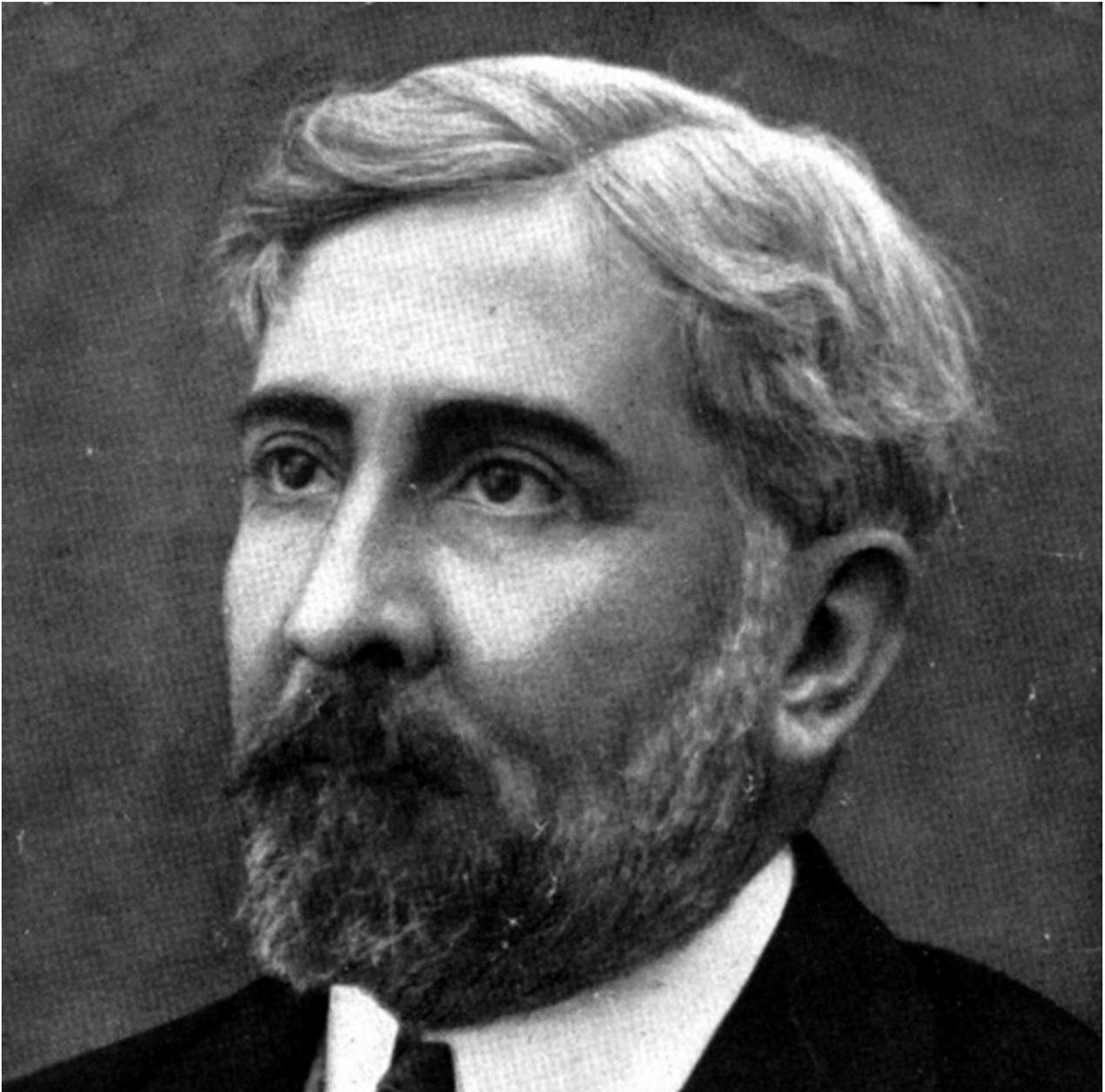
—Pero si la *Poerosa* en descansando una miaja es capaz de llevarnos al pico del Tenerife.

—No, eja ya hoy al animal y vámonos ya pa abajol que ya se me ha quitao la gana de dir á *Triquitraque*.

Y cinco minutos después...

—Riá, riaaá, *Poerosa*—gritaba el *Bellotero* á la vez que crugía hábilmente el látigo; el eaballo desherrábase galopando por las pendientes más suaves y el desconocido, graves y sombríos los negrísimos ojos, arrojaba sobre los rojizos montes una de esas miradas con que solemos despedirnos de una alegría que se va ó de una esperanza que muere.

Arturo Reyes



Arturo Reyes Aguilar (Málaga, 29 de septiembre de 1864 - íd., 17 de junio de 1913) fue un poeta lírico, periodista y narrador español.

Su madre lo abandonó cuando apenas tenía un año, a causa de problemas conyugales con su esposo. Estudia en el Colegio del Arcángel San Gabriel idiomas y contabilidad. A los doce años queda huérfano de padre y debe interrumpir sus

estudios por problemas económicos; trabaja como recadero, zapatero y dependiente y se forma de manera autodidacta, descubriendo la poesía de José de Espronceda. Se casa con Carmen Conejo Guillot el 14 de junio de 1884. Colabora en El Correo de Andalucía y en El Cronista; de esta última publicación será redactor casi toda su vida. Con sus amigos Narciso Díaz de Escovar y José Ruiz Borrego crea un centro docente de teatro para jóvenes en 1886: la "Academia Provincial de Declamación". En 1888 logra publicar en Madrid, con el apoyo de su maestro Martínez Barrionuevo, una colección de narraciones breves: El Sargento Pelayo.¹ En 1889 colabora en el semanario El Renacimiento e imprime su primer poemario en Málaga, Ráfagas, y en 1900 la novelita ¡Estaba escrito!. En 1891 publica una colección de versos con el título de Íntimas y consigue dos premios municipales; eso le anima a colaborar en numerosos periódicos (La Unión Mercantil, El Álbum, el Correo de Andalucía, la Ilustración Española...).